

- De Lorca a Córdoba -



Juana Gómez Rubio

Quien relata esta breve historia es Juana Gómez Rubio, nacida en el año 1914, en Lorca, provincia de Murcia. Llevo vividas ochenta y nueve primaveras... El lugar donde transcurrió mi niñez fue Zarcilla de Ramos, por aquellos tiempos, un humilde y pequeño pueblo.

Mi familia estaba compuesta por mi madre, mis cuatro hermanos y yo. Nuestro padre murió cuando yo tenía unos pocos meses.

Mi madre luchó sin descanso para poder cuidarnos y sacarnos adelante. Cuando yo tenía siete años, empecé a trabajar junto con mi hermano mayor llamado Juan. Él era pastor, salíamos a la mañana muy temprano con la canasta, donde llevábamos la comida, alguna tortilla de patatas o un poco de jamón con pan y un cántaro pequeño con agua. La jornada duraba hasta el atardecer. Nuestra tarea era cuidar que la majada no se fuera a otros campos y también que las águilas no se llevaran los corderitos más chicos. Cuando volvíamos a nuestra casa, veníamos tan cansados que lo único que nos quedaba era cenar y acostarnos a dormir, para poder al otro día empezar de nuevo la jornada con entusiasmo. Yo, que era tan pequeña, creo que lo hacía como un juego. Esa tarea la realicé hasta que tuve quince años.

A partir de esa edad, con mi madre y mis hermanos, nos dedicamos a la agricultura, con ese trabajo, apenas nos alcanzaba para comer y, a veces, algo de vestimenta. A medida que mis hermanos fueron creciendo, se fueron casando y yo, la menor de los cinco hermanos, me quedé con mi madre y empecé a trabajar en una

casa de gente muy rica, cocinaba para diez personas y amasaba para cuatro días, para toda la familia.

Realizando este trabajo estuve en distintas casas, hasta que estalló la Guerra Civil. Esos tres años fueron verdaderamente una odisea: vivir con tantas necesidades y angustias sin saber cómo iba a terminar todo.

Lo peor empezó cuando uno de mis hermanos, que ya estaba casado, tomó la decisión de esconderse junto a un amigo en la sierra. Su determinación fue terrible para nosotras dos. Durante el día hacíamos la comida, la poníamos en una canasta, la tapábamos con yuyos y junto con un cántaro de agua, la escondíamos en el corral de los cerdos.

Todas las noches teníamos que esperar que todos los vecinos se acostaran y nadie anduviera en la calle. Salíamos llevando la cena... Nos pasaron cosas muy feas, teníamos mucho miedo, pero no podíamos dejar de hacerlo. Una noche mi madre tropezó y rompió la tinaja de agua, tuvimos que buscar tierra y yuyos para tapar lo mojado y no dejar señales, porque cualquier indicio podía alertar a los militares y entrar a la sierra. Por primera vez, cuento esta parte de mi vida ya que siempre la oculté por temor a que tomaran represalias contra nosotros.

Terminó la guerra y todo había quedado destruido, incluidas nuestras esperanzas.

Tratábamos de salir adelante entre todos los familiares.

A los dos o tres años, conocí al que después fue mi esposo, Juan Esteban Ruzafa, un vecino del lugar que había participado en la guerra.

Pasaron algunos años y decidimos casarnos. Todo era muy difícil, no había dinero y tampoco trabajo. Nos dedicábamos a la agricultura, no nos iba muy bien, pero era lo único que podíamos hacer. Más tarde nació nuestro primer hijo, al que llamamos Juan.

Después de la guerra mi hermano mayor, Juan Gómez Rubio, decidió venirse a la Argentina. Por lo que nos escribía, allí se vivía muy cómodo y abundaba el trabajo. Nos costó tomar la decisión, porque éramos muchos los familiares y queríamos venirnos todos.

Decididos a partir, empezamos a vender las pocas cosas que teníamos. Llegó el día de la partida, éramos catorce personas entre grandes y niños. Mi esposo estaba triste porque de su familia no venía nadie.

Al salir, ya tuvimos inconvenientes, la compañía que debía traernos tenía el barco en reparación, finalmente nos embarcaron en un barco de origen francés llamado "Florida". El viaje duró treinta días. En esa travesía vine mareada todo el tiempo y permanecí acostada. A mi hijo Juan lo cuidaban mis sobrinas mayores, ya

que era muy travieso. Casi todos los hombres de la tripulación eran africanos y mi hijo que tenía cinco años, les tenía miedo y se escondía debajo de la mesa.

Tras el largo viaje, en invierno de 1949, llegamos a Buenos Aires, allí nos esperaba mi hermano que nos había llamado, pero surgió otra dificultad: se había confundido la fecha en que llegábamos. Tuvimos que permanecer en un hotel y gastar también en comida. Así es que de las pocas pesetas que traíamos, un tanto tuvimos que utilizar. Al cabo de unos días, logramos tomar el tren que nos traería a Córdoba y llegamos al campo en el que vivía mi hermano. Nosotros íbamos a trabajar el campo que estaba al lado del suyo. Así lo hicimos. En ese lugar, nació nuestro segundo hijo, Alfredo, pero en seguida surgieron algunas complicaciones de familia, que hizo que tuviéramos que buscar otro lugar donde trabajar.

Nos marchamos hacia el norte de Córdoba, también trabajando en el campo, donde nació nuestro tercer hijo varón, Vicente. Mucha fue la lucha y poco el rendimiento económico, lo que hizo que regresáramos nuevamente a Córdoba.

Pasaron unos años y tuvimos que irnos hacia otro lugar, siempre trabajando en el campo.

Nacieron mis otros hijos, fueron creciendo y ayudándonos en las tareas del campo. Mi esposo empezó con algunos problemas de salud y ya no podía trabajar la tierra. Mis hijos hacían lo imposible y yo, del mismo modo ayudaba. Su enfermedad duró cinco años. Él soñaba con volver a su España, pero el destino no lo quiso así. Cuando falleció, decidimos ir del campo a la ciudad.

Con el tiempo, se fueron casando mis hijos y yo quedé viviendo con mis dos hijos menores.

Con la llegada de mis hijos políticos y nietas, fui muy feliz, siempre estuve rodeada de todos, llena de su cariño y afecto.

Qué puedo decir de esta tierra Argentina, que me brindó lo que más pudo, aunque me hubiera gustado estar mejor económicamente. En este momento, me encuentro bien de salud, me manejo sola, aunque me cuesta porque sufro de mareos con frecuencia y padezco los problemas propios de la edad.

Yo ya he perdido las esperanzas de ir a España, pero tengo la ilusión de que mis hijos y nietos algún día recorran los lugares donde nacieron y se criaron sus padres y abuelos, y me cuenten cómo está el lugar que un día abandoné en busca de una vida mejor.

Juana Gómez Rubio
(Murciana, falleció en 2003)